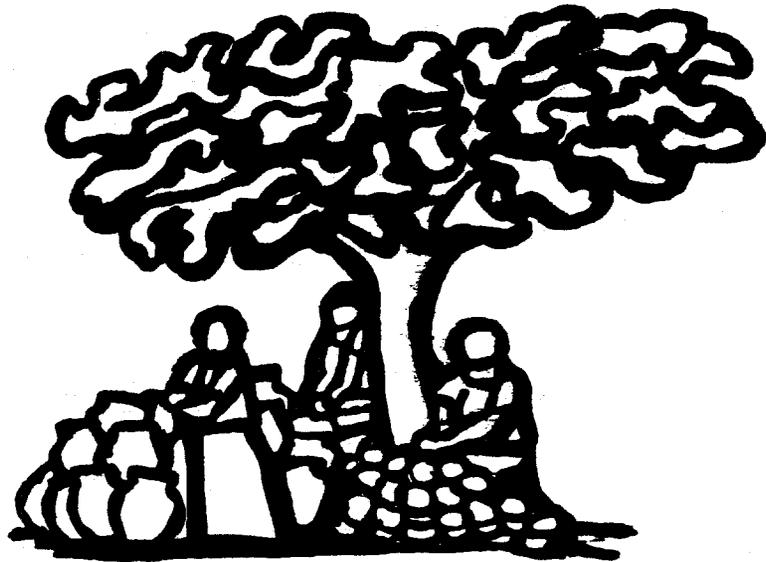


Coyuntura





Sobre el grupo Cidhal

Itziar Lozano

En el libro de Michael Ende, *La historia interminable*, cuando muere la fantasía desaparece el mundo para dejar paso a la Nada. Así, en nuestra realidad, cuando no hay utopía, el futuro desaparece para dar lugar a la desesperanza. La posibilidad de pensar y creer en la utopía es, pues, la posibilidad de supervivencia.

Hace diez años, el equipo de Cidhal, cuatro o cinco mujeres a lo sumo, comenzamos un proyecto que tenía como objetivo lograr que todas las mujeres del país (¿sólo del país?) tuvieran su utopía. Que fueran capaces de soñar que el mundo puede ser otra cosa. Que ellas podrían ser ellas mismas pero distintas. Que tuvieran la fantasía de que podría haber un mundo donde ellas pudieran decidir por sí mismas, donde ellas serían las agentes, los sujetos; donde pudieran trabajar sin ser explotadas ni asediadas sexualmente; donde pudieran formar pareja o no formarla, sin temor y sin presiones; donde pudieran tener hijos o no tenerlos, sin temor a no ser mujeres; donde todos los colores de piel fueran bellos; donde pudieran parir hijos sin la incertidumbre de no poderles dar de comer o educarlos; donde pudieran participar en sus comunidades y centros de trabajo con ilusión y orgullo; donde su integración a grupos y organizaciones incluyera el respeto y reconocimiento a sus decisiones, y la posibilidad real de luchar por una sociedad más igualitaria y más creativa.

En función de esta idea nuestra concebimos el trabajo de Cidhal como un esfuerzo por impulsar la toma de conciencia de las mujeres sobre su realidad de mujeres, al tiempo que ellas mismas van generando su utopía y el impulso a su organización y lucha en torno a sus intereses. En este contexto, nosotras pensamos que el feminismo debe ser parte integral de nuestras bases teóricas para entender la complejidad de la situación de opresión de la mujer en nuestra sociedad, y para dar elementos

que nos permitan atisbar por dónde estarían las salidas para el movimiento de las mujeres. Al mismo tiempo, estamos convencidas de que el feminismo no es patrimonio exclusivo de un grupo de mujeres, sino que puede ser una forma de pensar y de vivir en el mundo para todas.

Es precisamente en los sectores amplios de mujeres trabajadoras, campesinas, colonas, estudiantes, donde existe la experiencia más aguda de opresión y explotación, y también donde se vive la rabia más profunda, la rabia y el coraje que hoy canalizan y cooptan otros intereses. Por ello también pensamos que son esas mujeres las que tendrán la determinación y fuerza para desatar un movimiento de proporciones tan inmensas que se lleguen a producir rupturas radicales y masivas en la situación presente.

A lo largo de los años, el equipo de Cidhal (ya somos diecisiete) ha impulsado talleres, seminarios y discusiones, publicación de materiales, conformación de grupos y organizaciones, proyectos y movilizaciones de todo tipo, entre mujeres profesionales, amas de casa, estudiantes, trabajadoras. Mucho de nuestro trabajo se ha enmarcado y conceptualizado como educación popular, por la prioridad que hemos puesto en acompañar el proceso de las mujeres en los sectores populares.

En nuestro contacto con el movimiento latinoamericano de educación popular, hemos visto que esta actividad se concibe como el momento privilegiado de reflexión y análisis de un grupo sobre su práctica transformadora. Sin embargo, pocas veces este análisis contiene elementos que permitan a mujeres y hombres reflexionar sobre la práctica transformadora de las mujeres en torno a su propia situación. Nosotras hemos planteado la necesidad de llevar a cabo una educación popular feminista, como proceso dialéctico, en el que las mujeres, a partir del análisis crítico de su realidad vivida, desarrollan formas de organización y transformación. Y este análisis crítico tiene que incluir la propia realidad de las mujeres, desde un ángulo que no puede reducirse a la explotación de clase. El análisis tiene que hacerse también desde aquellos aspectos del sistema que definen a las mujeres como el no-agente, como el no-sujeto.

El análisis tiene que poner en evidencia las implicaciones que tiene para la mujer su asignación social al ámbito de la familia, al cuidado de los hijos, de los ancianos, de los enfermos, como trabajo que no se vé y que no se valora en términos económicos, al tiempo que revierte sobre la misma mujer la responsabilidad de su falta de **capacidad social y de su aislamiento**. El análisis tiene que sacar a la luz las contradicciones que encierra el vivir la maternidad en nuestra sociedad incluyendo los condicionamientos que se dan en el interior de la pareja, las presiones familiares, las que impone el sistema de salud oficial, la escuela, las necesidades y costumbres de la misma mujer, y su acceso a la información y, además, las impuestas por la carestía y las carencias económicas. Otra dimensión de análisis es la enajenación del cuerpo, en términos de la ambigüedad con que se viven la sexualidad de la mujer del desconocimiento sobre su funcionamiento, de las limitaciones impuestas para que el cuerpo sea fuente de placer.

Una tercera dimensión esencial de análisis es el carácter del trabajo asalariado que el capital ofrece a la mujer, a través del cual tiene lugar una explotación muy especial de ésta, que refuerza muchos aspectos de la identidad tradicional de las mujeres, al mismo tiempo que permite rupturas muy importantes para el desarrollo de un movimiento de mujeres.

Finalmente, el análisis tiene que poner en evidencia las múltiples dificultades que las mujeres encuentran para manejar políticamente la defensa de sus intereses. Es muy real que las mujeres, por haber sido las principales responsables de los niños, han tenido que encontrar maneras de mantener las condiciones de vida de éstos. Este desafío es el que ha hecho que las mujeres estén participando en movimientos sociales de todo tipo, y hayan iniciado luchas importantes para conseguir alimentos, servicios, salud, educación, vivienda y otras demandas para mejorar las condiciones de vida. En estas luchas entran en contradicción con la ideología tradicional y con los patrones de relación familiar y social esperados de ellas. A lo largo de los últimos años las luchas de las mujeres en el movimiento urbano popular y en muchos lu-

gares del campo son un ejemplo de su respuesta al creciente empobrecimiento que se está dando en esos sectores. Sin embargo, una cuestión crucial en todos esos movimientos es la capacidad de las mujeres para mantener el control político sobre su propio proceso de movilización y transformación.

La falta de poder y decisión sobre estas cuatro áreas de su existencia, trabajo, cuerpo y sexualidad, maternidad y representación política, constituyen cuatro ejes sobre los que se asienta la identidad devaluada de la mujer y la no actualización de su carácter de sujeto histórico. En este contexto, la tarea de la educación popular feminista es la de elaborar una propuesta que aporte elementos para que las mujeres puedan revertir la fuerza de estos cuatro ejes de opresión y convertirlos en ejes de transformación.

En la búsqueda de mediaciones para realizar esta tarea hemos encontrado muchas áreas de actividad, aprendizaje y capacitación en las que las compañeras se interesan, porque les da una mayor confianza y seguridad en sí mismas, y entre ellas algunas que permiten mayores rupturas que otras. La salud es un área particularmente importante porque tiene relación con todos los aspectos de nuestra vida: cuerpo, trabajo, bienestar, condiciones de vida. El tema de la salud y de cómo encarar su problemática enfrenta a las mujeres a su relación con las instituciones del Estado. Los médicos, representantes oficiales de la salud, las regañan y las hacen responsables de que sus hijos se enfermen y de que no estén bien nutridos, sin darle mayor atención a sus posibilidades económicas y de todo orden. Las actitudes y prácticas del personal médico en torno a los embarazos, particularmente si la mujer tiene dos o más hijos, hacen que esta se sienta avergonzada y muchas veces intimidada. Ella misma, la mujer de los sectores populares, pasa mucho tiempo en las salas de espera de los centros de salud por problemas que resultan de múltiples embarazos y del descuido, enfrentando a médicos escépticos que le administran "pastillas para los nervios".

En este contexto, los grupos de salud sirven para dar a la mujer tanto los conocimientos técnicos necesarios pa-

ra poder atender mejor a su familia y a sí misma, como ayudar para enfrentar al sistema de salud con mayor fuerza, capacidad de exigencia y si es necesario, de movilización en torno a problemas particulares.

Especialmente, en el campo las mujeres se han organizado para ser promotoras de salud (incluyendo áreas como nutrición, sexualidad, salud de los niños), dando servicio a las comunidades vecinas y a la suya propia. Esta responsabilidad ha dado a muchas mujeres cierta posición sobre las demás, a veces con características de competencia y control de poder individual, pero en general ha permitido la formación de grupos bastante estables que a veces han ampliado su radio de acción a otras necesidades y demandas de las mismas mujeres. También ha permitido que éstas, al hacer valer su nuevo papel ante los representantes de las organizaciones o del pueblo, hayan logrado un cierto margen de decisión para el grupo de mujeres.

Muchas otras iniciativas han surgido de los grupos de mujeres: cooperativas de consumo o de producción (costura, bordado, productos agrícolas, etc.), movilizaciones para conseguir escuela, servicios, centros de salud, la parcela de la mujer. En la fábrica, las mujeres luchan por mejores salarios, condiciones de trabajo, derecho a la sindicalización.

Estas y otras iniciativas se han llevado a cabo, pero siempre con la concepción de que el trabajo debe pasar por la formación de grupos de mujeres, en donde éstas tengan una experiencia de análisis de su realidad y orga-

nización en un contexto más cercano y creativo. En ellos, las mujeres tienen un espacio para encontrarse con sus propios sentimientos y prácticas, y con las demás compañeras, sin temor a críticas, regaños o presiones por parecer “normales” o “buenas mujeres”.

En estos grupos, ya sea en colonias, pueblos, sindicatos, o centros de trabajo, las mujeres pueden analizar desde su punto de vista e intereses la realidad que les rodea. Esto incluye su posición ante eventos y coyunturas del país, aunque no formen parte de los temas que generalmente se designan como “temas de mujeres”. Lograr entender en todo momento cómo cada coyuntura las afecta, así como la globalidad, es algo que las mujeres van adquiriendo y que las hace críticas de una manera muy especial.

El desarrollar posturas críticas ante las distintas coyunturas, incluyendo la discusión sobre su relación con la organización a la que pertenecen, debería verse como un proceso de democratización de la organización, que a su vez, se tendría que ir abriendo a las posiciones de las compañeras. De esta manera, la autonomía de los grupos de mujeres para compartir, analizar, organizarse y dar sus luchas, va construyendo al sector de las mujeres como sujeto de transformación, que se relaciona, hace alianzas, o negocia, al interior de las organizaciones más amplias o fuera de ellas, para que sus necesidades no se olviden y para que sus decisiones y aportes realmente enriquezcan el proceso general.

